



Detalle. Recomenzar. Fotografía Laura Junco

Artículo de investigación

Manuel López García

Estado de guerra y estrategias psicosociales de afrontamiento en la juventud de Medellín

Dossier Intervención Social en contextos de conflictividad y de construcción de Paz Vol. I

Editora invitada: Martha Inés Valderrama Barrera

Art. 4 (pp. 1-21)



Recomenzar (2015)

Costurero Tejido, Memoria y Salud Mental

Autoras: Diosa García

Lugar: Medellín, Antioquia - Colombia

Temáticas: Memorias del dolor y la dignidad, Memorias de resistencia y sobrevivencia

Técnicas: Bordado, tela sobre tela, apliques tridimensionales, costura a mano, costura a máquina

Materiales: Tela, retazos de tela de diferentes materiales, hilo de algodón, hilo poliéster

Dimensiones: 138 cm x 102 cm x 1 cm

Disponible en: <http://www.textilestestimoniales.org/piezas/18>

Estado de guerra y estrategias psicosociales de afrontamiento en la juventud de Medellín 2000-2022

Manuel López García¹

Resumen

Este artículo presenta una discusión teórica en torno a la noción de estado de guerra y las estrategias psicosociales de afrontamiento en la población juvenil de Medellín entre los años 2000 y 2022, partiendo de dos ejes: la conceptualización del estado de guerra y la identificación de las estrategias psicosociales de la juventud en dicho estado, planteadas en la teoría social. Se tuvo como objetivo sentar las bases para una comprensión del papel de la juventud en el conflicto armado, más allá de las nociones de víctima o victimario. La metodología implementada fue la construcción argumentativa a partir de fuentes documentales, teóricas, investigativas y contextuales consultadas en función del objetivo.

Palabras clave: Joven, psicología social, conflicto, intervención psicosocial, guerra, estado de guerra.

State of war and psychosocial coping strategies in the youth of Medellín
2000-2022

Abstract

This article presents a theoretical discussion about the notion of state of war and psychosocial coping strategies in the youth population of Medellín between the years 2000 and 2022, based on two axes: the conceptualization of the notion of state of war and the identification of the coping

1 Psicólogo y Magíster en Estudios Socioespaciales de la Universidad de Antioquía. Docente de la Universidad Católica Luis Amigó y de la Universidad Pontificia Bolivariana. Integrante del grupo de estudio Juventud y Comunidad.

strategies of youth in said state, raised in social theory. The objective was to reach the foundations for an understanding of the role of youth in the armed conflict, beyond the notions of victim or perpetrator. The methodology implemented was the argumentative construction from documentary, theoretical, investigative, and contextual sources consulted depending on the objective. The exercise allowed the construction of a conceptualization of the notion of State of war and a synthesis of the different psychosocial coping strategies implemented by the youth population.

Keywords: Youth, social psychology, conflict, psychosocial intervention, war, state of war.

Introducción

Preclarificar los efectos de la guerra en la población juvenil en Medellín, particularmente en las últimas décadas, implica no solamente la comprensión de la dinámica de la guerra, sino la argumentación de la existencia de tal fenómeno en un contexto donde las características de esta se han venido transformando junto con sus consecuencias. Se pretende plantear la generación de un estado de guerra más allá de las confrontaciones, en el cual los y las jóvenes participan, no solo como soldados de algún ejército, sino desde diferentes roles sociales que no han sido lo suficientemente visibilizados en su relación con la guerra y el estado de guerra, configurándose así unas condiciones psicosociales y unas estrategias de afrontamiento, efecto de dicho estado.

Si bien durante los 22 años que abarca el ejercicio las dinámicas de la guerra y el conflicto armado en el país, y particularmente en Medellín, han cambiado, parecen existir algunas características que perviven en el tiempo y que acá se pretende relatar, como la existencia de una condición particular, sostenida y variable de belicosidad protagonizada por diferentes actores armados según la época; la participación de niños, niñas y jóvenes hombres y mujeres, no solo en las acciones armadas sino en las periféricas y sutiles que sostienen estratégicamente dichas acciones; y, finalmente, el surgimiento de unas condiciones psicosociales particulares de ser joven, efecto de este estado de guerra permanente en la sociedad.

El rastreo de fuentes tanto bibliográficas como institucionales y documentales de la primera década del siglo XXI, en comparación con las mismas de la última década abordada por el ejercicio, posibilita argumentar esta mirada, no solo desde los enfoques teóricos sino desde los datos socioestadísticos encontrados. Se espera que este ejercicio posibilite un acercamiento al conflicto y a la condición juvenil desde perspectivas más amplias que la diada víctima-victimario, en aras de acciones más pertinentes de memoria y construcción de paz hacia la población juvenil.

Guerra y estado de guerra

En la conceptualización de “la guerra” se han establecido –desde diferentes enfoques– categorías y clasificaciones, más o menos generales, que están asociadas tanto a las interpretaciones de las características visibles de la guerra, como a los momentos históricos en que estas se dan, de tal modo que variables,

como tipo de gobierno/Estado, objetivos de guerra, tipo de ejército, estrategias y técnicas militares, economía de guerra, actores, escenarios, simbologías (imaginarias y discursivas), dinámicas, (tiempos, ciclos, fases) ideologías y conflicto subyacente, son revisadas en marcos temporales como la Antigüedad, la Modernidad, los finales de milenio y el inicio del siglo XXI, dando como resultado definiciones y clasificaciones como guerras antiguas, guerras clásicas, grandes guerras, nuevas guerras, guerras civiles y otras definiciones fundamentadas en una característica sobresaliente del acontecimiento (guerras interestatales, guerras internas, guerras de secesión, guerras revolucionarias, guerras de exclusión, guerras geoestratégicas, guerras de limpieza), en cada una de las cuales subyace una concepción particular del fenómeno.

Esta profusión clasificatoria, y su consecuente dificultad de generalización, se hace más densa en la teorización de los fenómenos más recientes del arco temporal de la posguerra y la posguerra fría, denominados nuevas guerras o guerras civiles. Para este periodo, Giraldo (2000) propone las características construidas por K. J. Gantzel: en primer lugar, son conflictos violentos de masas; en segundo, implican a dos o más fuerzas contendientes, de las cuales al menos una está al servicio del gobierno; en tercero, en ambos mandos hay una mínima organización centralizada de la lucha y los combatientes, y finalmente, las operaciones armadas son planeadas y siguen una estrategia. Se puede decir entonces, en palabras de Ramírez (2002), que “no hay en la actualidad una teoría orgánica y generalizable que dé cuenta de las diversas contiendas, sino, más bien, una caja de herramientas para construir nociones muy específicas sobre los conflictos no catalogables dentro del estricto campo internacional” (p. 151).

Buena parte de esta indefinición de la guerra se expresa también en el conflicto colombiano, que, aunque no es una condición *sui generis* –en relación con otros conflictos contemporáneos– sí presenta algunas características y dinámicas que complejizan su entendimiento. La contundencia de los actos violentos en Colombia es de un peso y una continuidad histórica tales que se resisten a ser definidos desde una sola óptica estática o un tipo particular de guerra, por lo que se hace más pertinente y productivo preguntarse por las dinámicas históricas en que se ha venido articulando el fenómeno, sus transformaciones, ritmos y acumulados, frente a lo cual Ramírez plantea que

es cierto que en el conflicto actual hacen presencia elementos propios de las anteriores crisis de nuestra turbulenta historia republicana, lo urgente ahora es identificar las profundas modificaciones que desde las ya

remotas razones de tipo social y político le dieron sentido originario a la actual contienda armada. (2002, p. 157)

De esta manera, el autor desmiente aquellas posturas que pretenden reducir la violencia en Colombia a enfrentamientos de grupos armados sin ningún sustento social y político.

Sin embargo, se pueden proponer algunos elementos comprensivos, no solo para las guerras actuales, sino para el fenómeno colombiano en particular. Kaldor (2001) propone entender estos nuevos fenómenos de violencia a partir de tres características, como son la internalidad de los conflictos, pero con repercusiones internacionales; la intensificación de las interconexiones políticas, militares económicas y culturales a escala mundial; y un desdibujamiento de las motivaciones políticas, la diferenciación con el crimen organizado y la violación a gran escala de los Derechos Humanos.

Autores como Giraldo (2000) consideran a Colombia como un caso especial por su continuidad histórica en la aplicación de métodos políticos violentos, porque el número de víctimas causadas por actos violentos excede marcadamente las cifras de otras naciones y porque el círculo de actores colectivos violentos es más amplio que en otros casos. Además, plantean tres ejes del conflicto:

el que se produce en el campo, en torno a la posesión de la tierra entre la guerrilla y los campesinos por un lado y las milicias y los terratenientes por el otro; el de cariz urbano, entre un pequeño estrato de adinerados y la masa de los empobrecidos, marginados también; finalmente, el que se produce entre el Estado y los carteles de la droga. (Giraldo, 2000, p. 1)

Caracterización que propone relaciones de oposición diametral o de afinidades directas entre actores armados y no armados. No obstante, más adelante en el mismo texto propone tres características particulares para el fenómeno colombiano: “En primer lugar se encuentra la gran cantidad de agentes colectivos de la violencia; en segundo lugar, está la banalización de la violencia y, por último, estrechamente vinculada con esta, su comercialización” (Giraldo, 2000, p. 1).

Los cambios en las dinámicas de la guerra pueden leerse desde seis (6) referentes comprensivos: 1) Las guerras contemporáneas ya no son llevadas a cabo por ejércitos estatales únicamente, sino también por guerrillas, mercenarios, civiles y ejércitos privados. 2) Se evidencia una asimetría entre los combatientes en términos de su capacidad bélica, sus objetivos y sus estrategias. 3) Surgimiento de formas de financiación y sostenimiento de la guerra que van de lo

público a lo privado y de lo legal a lo ilegal, generando un mercado y una economía de guerra. 4) Desdibujamiento de los objetivos de guerra que, a partir del sostenimiento y escalamiento de esta, la convierten en un fin, distanciándose del objetivo tradicional más evidente de construcción de Estado. 5) Cambios en las estrategias de guerra, lo cual tiene como consecuencia la extrema violencia y la privatización de esta. 6) Cada vez es mayor la centralidad e implicación de la población civil en el conflicto armado (E. Blair, comunicación personal, Seminario de investigación II: Dimensiones socioespaciales de la guerra, Maestría en Estudios Socioespaciales, INER. Universidad de Antioquia, 2008).

Uno de los autores que logra una comparación de las características recientes de la guerra y su aplicación al caso colombiano es Pizarro (2002), quien propone comprender la guerra colombiana como “un conflicto armado interno, irregular, con raíces ideológicas, de intensidad media, en el cual las principales víctimas son la población civil y cuyo combustible principal son las drogas ilícitas” (p. 178). Este autor toma distancia de la comprensión del fenómeno colombiano como guerra civil, argumentando el no cumplimiento de esta conceptualización debido a la fragmentación social y territorial de la representatividad que tienen los actores armados, en particular, la guerrilla y los paramilitares (Pizarro, 2002).

No existe una relación directa de apoyo y representatividad de los civiles con los ejércitos. De hecho, muchas veces la participación de civiles esta mediada por factores socioeconómicos y no por convicciones políticas. Esto parece ser propio de una dinámica de guerra civil en la que, siguiendo a Collier (citado en Camacho, 2002), “las motivaciones y posibilidades de hacer una guerra civil son, en su fundamento, económicas y pesan más que el descontento y los agravios del Estado hacia un sector de la población, aunque esto esté en el fundamento” (p. 138).

De esta manera, la guerra puede ser pensada ya no solo en relación con la confrontación armada, con la existencia real e identificable de bandos enfrentados, con el acontecimiento de hechos que generan saldos de muertos, víctimas y daños materiales, con el uso de armas convencionales y no convencionales y otro tipo de acontecimientos que causan traumatismos visibles a la estructura social como desplazamiento poblacional, bloqueo de zonas y control territorial, sino que es posible reconocer otro momento y otra espacialidad de la guerra que se puede denominar estado de guerra.

Para Uribe (1999), la noción de estado de guerra define mejor la naturaleza del conflicto colombiano, noción que es tomada desde Hobbes y Foucault. Según la autora, para estos pensadores los estados de guerra:

son situaciones en las cuales el poder institucional no es soberano, por lo menos en algunas partes del territorio y entre sectores amplios de la colectividad nacional en las cuales prevalece la voluntad manifiesta de no someterse al orden estatal y de resistirse a sus intentos de establecer dominio y control. (Uribe, 1999, p. 25)

Esta noción implica pensar la preexistencia de disposiciones para la generación de confrontaciones, en las que “los estados de guerra no son todavía la guerra como acción y lo que los define es el *animus belli*” (Uribe, 1999, p. 26), que podría pasar de ser una intención a una acción concreta. Pero esta noción podría ser ampliada desde otras perspectivas en las que no solamente se piensa el estado de guerra como una condición previa de carácter político-social asociada a la constitución de los Estados y su soberanía, sino también a otra forma o efecto de las confrontaciones armadas que puede permanecer e incluso superponerse con estas en un conflicto de larga duración.

Desde una perspectiva política, los estados de guerra son la consecuencia de la no consolidación de los monopolios del Estado moderno: el de las armas, el de los tributos, el de la cultura y el del dominio territorial: “cuando el Estado, en tanto que representante de la nación, no ha logrado constituirse en principio de orden y organización, aceptado y/o impuesto a un conjunto de población” (Naranjo, 2001, p. 10).

Otros factores que determinan un estado de guerra son la preeminencia o dominio territorial de uno de los actores armados, la ausencia de confrontaciones directas o continuadas, pero no desmovilización de los ejércitos, el surgimiento en las ciudades de efectos sociales económicos y políticos provenientes del territorio en donde tienen lugar las confrontaciones y la adopción de comportamientos individuales y colectivos basados en un *ethos* cuyo referente es el conflicto armado (incertidumbre, disposición al ataque o a la violencia, actitud de supervivencia, desesperanza, miedo y negación de la realidad), generando así las condiciones de posibilidad para ser, no necesariamente empuñando las armas, sino desde toda una gama de posturas subjetivas y colectivas que también podrían leerse como acciones bélicas en la medida en que sostienen un orden. La guerra dejaría de ser la excepción para convertirse en la norma. A este respecto dice Naranjo:

El estado de guerra y los ejes en los cuales se despliega y particulariza, tiene una incidencia mayor de lo aceptado en la configuración del tejido social, en los sentidos de identidad y pertenencia, en las maneras de vivir las diferencias y las exclusiones, y se manifiestan también, en las prácticas

sociales, en las cosmovisiones de las personas afectadas, directa o indirectamente, en los aprendizajes y los aprestamientos para afrontar las situaciones que trae consigo un conflicto prolongado. (Naranjo, 2001, p. 12)

El estado de guerra no es solamente una consecuencia de la guerra sino, a su vez, una estrategia de guerra movilizadora por los centros de poder o los actores armados, quienes han aprendido la posibilidad económica y política y el efecto psicológico que sobre las poblaciones tiene el generar este estado que es, a todas luces, menos costoso, más eficaz que la confrontación armada y moviliza poblaciones a favor o en contra de actores, convirtiéndolos en combatientes sin armas. Esta estrategia permite prácticas antes consideradas inaceptables, garantiza flujos económicos y mantiene la percepción social de la necesidad o la pertinencia de la guerra o del uso de las armas y la violencia, a la vez que avala la intervención y la toma de decisiones de las diferentes partes en los asuntos propios de la vida social, tanto públicos como privados, generando discursos de control, sumisión y dependencia que se convierten en dispositivos de acción política, económica, social y en consecuencia, militar.

Cuando esto sucede se instala sutilmente en el cuerpo social el gusto con la aniquilación de ese otro desagradable y se abona el terreno para la emergencia de diversos tipos de microfascismos que hacen del acto de despedazamiento físico o moral un acto de sublimación. (Barrero, 2011, p. 57)

De esta manera, el estado de guerra se convierte en el ordenador social primordial que hace pensar la vida como una lucha, escenario bélico, lo cual no sería novedoso, pues ha pasado en aquellas culturas antiguas denominadas guerreras. No en vano se ha hablado de cultura de la violencia (Blair, 2000), o mejor, de cultura violenta, que no implica la ausencia de pacifismos, sino estos en un marco discursivo bélico de negociación, concertación, tolerancia, convivencia, resolución pacífica de conflictos e incluso paz, en el que esta es entendida no como una condición normal deseada, sino como la resultante del fin de la guerra.

Dadas las dinámicas del conflicto en Colombia, el estado de guerra fue primero una condición propia de aquellas poblaciones de carácter rural donde se habían constituido escenarios de enfrentamiento, pero a partir de los años ochenta, con la reorientación de los proyectos de los grupos armados, su relación con las redes del narcotráfico y la escalada del conflicto llegó a las ciudades para quedarse, generando en estas un nuevo escenario con órdenes alternos de control. Según Naranjo (2001), el estado de guerra en lo urbano opera “para delimitar

territorios en la ciudad, imponer patrones de comportamiento individuales y colectivos, instituir imaginarios, identidades y diferencias en la ciudad, delimitar zonas de inclusión y de exclusión, proveer seguridad, establecer tributos e impartir justicia” (p. 4).

El estado de guerra sería la condición en la que se encuentra un determinado territorio que, por el influjo de un conflicto armado (y aunque no involucra en sus ejércitos directamente a toda la población, ni se libran combates en todo el territorio), produce un reordenamiento particular de las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales alrededor del mismo.

La juventud y el estado de guerra

Los efectos y reacciones de un estado de guerra en la población no solamente son visibles en lo económico y en lo político, sino que tienen, como se ha dicho, un componente psicosocial significativo que se traduce en comportamientos, pautas identificatorias y posturas subjetivas,

Se trata de formas de respuesta social o individual asumidas por los actores sociales frente al drama de la guerra que los cruza, y dada la pervivencia histórica del estado de guerra, los colectivos sociales han creado ciertas destrezas, ciertos aprendizajes para afrontar situaciones límite. (Naranjo, 2001, p. 12)

La juventud ha sido uno de los sectores de la población más relacionados con las dinámicas del conflicto armado colombiano, tanto en su condición de víctima como de victimario. Camacho (2002) sostiene que esto es particularmente visible tanto en los ejércitos de los gobiernos como en los insurgentes,

que tienen una fuerte proporción de población joven, que constituye fuerza de trabajo militar, y que muestran bajos niveles de cobertura educativa puesto que el alistarse en una fuerza armada es una alternativa realista para jóvenes que carecen de opciones de movilidad social ascendente. (p. 139)

También establece una relación entre las regiones copadas por los grupos insurgentes y la población juvenil: “En esas mismas regiones encuentran también una población joven, compuesta por aventureros o campesinos locales, quienes se convierten en los objetivos favoritos del reclutamiento voluntario o forzado” (Camacho, 2002, p. 146), con lo cual concuerda Ramírez (2002) al enunciar que para la población joven

el desempleo, la carencia de escuelas y la seducción del poder mediante la ostentación de las armas, los llevaba a solidaridades con la guerrilla que terminaban por convertirlos en profesionales de una guerra vuelta ya forma de vida y de ascenso social. (p. 161)

Pero la relación entre la población juvenil y los actores armados no debe pensarse solo en términos de jóvenes combatientes. A este respecto, señalan Ruiz y Hernández (2008) que en Colombia los niños y niñas hacen parte de estos grupos cumpliendo actividades como “cocineros, mozos, mensajeros, combatientes, informantes, actividades de vigilancia, protección de cultivos ilícitos o transporte de drogas, armas, armando o detectando minas antipersonales, entre otros” (p. 34). Dos intuiciones sobre la relación entre la población juvenil y la guerra se desprenden de esta reflexión: los grupos armados ven la juventud (incluso la niñez) como una fuente de abastecimiento humano y como uno de los principales actores de las dinámicas retributivas entre actores armados y sociedad civil, como es el caso de los raspachines (Ruiz & Hernández, 2008).

El uso y la relación de población joven con las dinámicas de guerra se convierte entonces en una ventaja estratégica: las organizaciones armadas se nutren de quienes no pudieron, por sus propios medios o con la ayuda del Estado, granjearse las condiciones de supervivencia que les alejen y blinden de las filas de los ejércitos. Hasta el año 2005 se calculaba entre 8000 y 13 000 el número de niños y niñas (menores de 18 años) vinculados a las partes en conflicto en Colombia (Coalición colombiana contra la tortura, 2009). En el 2008, con el crecimiento de las nuevas modalidades del paramilitarismo y la delincuencia organizada, esta cifra se estimó en el número alarmante de 25 000 niños, niñas y adolescentes (Coalición Colombiana contra la tortura, 2009). La misma entidad, a través de su Observatorio de Niñez y Conflicto Armado –ONCA–, refiere que en el año 2020 se registraron 222 vinculaciones de niños, niñas y adolescentes –NNA– a grupos armados (Castellanos & Vásquez, 2020). Según la Comisión de la Verdad (2022), “una investigación de la Universidad del Rosario asegura que entre 2017 y 2020 se registraron 1020 casos de reclutamiento forzado” (p. 373). Finalmente, “en 2021 hubo al menos 151 niños y niñas afectados en 61 eventos de reclutamiento y utilización” (CCJ & COALICO, 2022). Para el caso específico de Medellín, para el mismo año 2021 se calculaba la existencia de alrededor de 350 bandas criminales, de las cuales “el 40 % de los miembros de estas serían menores de edad, es decir, alrededor de 15 a 25 miembros por banda. Ello implicaría que entre 2100 y 8750 menores estarían siendo utilizados por la criminalidad” (Lombo, 2021), situación que para el año 2022 parecía mantenerse (Telemedellín, 2022). Estas cifras, dado

que son levantadas desde la categoría de minoría de edad y que no incluyen el ejército oficial, dejan a menudo por fuera un número indeterminado, pero evidentemente superior, de jóvenes entre los 18 y los 28 años².

Sin embargo, no es allí donde se detiene –e incluso se centra– la relación entre la población joven y el “estado de guerra”. Como se ha planteado, el pensar los estados de guerra permite visibilizar otro tipo de relaciones (entendidas como actuaciones en un estado de guerra) y es así como el espectro de comprensión de la participación de la población joven se abre, más allá del soldado integrante de alguno de los ejércitos (que es víctima o victimario) o del joven civil víctima de alguna confrontación armada, hacia otros lugares de actuación, movilizados por alguno de los condicionantes del estado de guerra en los ámbitos económico, social y político. Así, por ejemplo, Ramírez (2002) hace notar que, en el marco de las relaciones retributivas entre actores armados y sociedad civil, alrededor del año 2000 “para las faenas de recolección de hoja y prácticas agrícolas (del cultivo de coca) operan entre 175 000 y 225 000 personas, principalmente jóvenes sin empleo estable” (p. 161).

Entonces, si bien la muerte y el papel de víctima o victimario en Medellín fueron los dos hechos protagónicos de la relación de la juventud con un estado de guerra, este invisibilizó otros lugares no menos problemáticos, pero que paliaban ante la contundencia de la muerte, como el papel de las mujeres jóvenes que se convirtieron en madres solteras o en las compañeras sentimentales, botines de guerra o auxiliadoras logísticas de los grupos armados urbanos, o como el papel de los jóvenes inmersos en las dinámicas delincuenciales subsidiarias de la confrontación armada urbana, pero no desde las armas; el consumo indebido de sustancias psicoactivas y otras prácticas de riesgo asociadas a la necesidad de vivir intensamente ante la incertidumbre del futuro y ante un imaginario cultural que asume la violencia como un modo de funcionamiento de la sociedad y como una acción productora de sentido (Blair, 2000).

Igualmente, la llegada a la ciudad de población desplazada y de migrantes, que incluye principalmente mujeres, niños y jóvenes; la violencia de las denominadas “barras bravas” como escenificación de la guerra; las mafias o bandas juveniles delincuenciales al servicio de los actores armados a la manera de mercenarios, y, en general, los jóvenes dispuestos a trabajar y a reproducir en los contextos urbanos las lógicas de la guerra, es decir, toda la gama de posibilidades de

2 De acuerdo con la Ley 1622 de 2013 la juventud en Colombia abarca la franja etaria de los 14 a los 28 años.

actuación bajo el influjo del estado de guerra, que va desde la replicación de las prácticas de guerra hasta la sublimación y simbolización de estas.

Por tanto, se hace necesario, en primera instancia, romper las dicotomías comprensivas de las actuaciones juveniles en estados de guerra, en los que el papel del joven se piensa como víctima o victimario, combatiente o civil, protagonista o invisibilizado, involucrado o no involucrado, ya que los comportamientos sociales de aquellos jóvenes, hombres y mujeres, que no están inmersos, directamente, en la dinámica de la guerra también hacen parte y son producto del estado de guerra.

En segunda instancia, en la actualidad no debe leerse la disminución de las tasas de reclutamiento y mortalidad como un distanciamiento de la juventud de las dinámicas de guerra o su desaparición como actor, sino como un cambio en las dinámicas de lo que Uribe (1999) denomina el eje de pervivencia histórica del conflicto, en el que la ciudad pasa de las confrontaciones directas a un estado de guerra, lo cual no implica la ausencia de las primeras: “en los estados de guerra como ejes de pervivencia histórica, se presentan acciones bélicas y violencias múltiples, así como coyunturas de agudización, seguidas de periodos de baja intensidad” (p. 26).

Más bien, el papel de la juventud se ha diversificado a través de otras formas de combatir sin armas, de vivir la vida como una metáfora de la guerra, adoptando posturas que permiten su adaptación y supervivencia en el estado de guerra, que, como se ha dicho, giran en torno a sensaciones y actitudes de incertidumbre, disposición al ataque o a la violencia, actitud de supervivencia, desesperanza, negación de la realidad y de rechazo al pasado violento. Esto abre la puerta tanto a discursos pacifistas, de construcción de paz, de conciencia social o de derecha, que les llevan a participar, activamente, en los escenarios de manifestación política y social, como a discursos que hacen uso de las lógicas de la guerra como el mercado y la industria cultural, donde la competencia, la eliminación del otro, la justificación de los medios por el fin, la desvalorización de la vida, la labilidad de los principios, la materialidad y la creación de mundos de fantasía se convierten en los principales referentes para su repertorio vital, con un pobre contrapeso de la educación y los demás mediadores sociales.

Estrategias psicosociales de afrontamiento del estado de guerra en la juventud

Para poder comprender las actitudes y comportamientos, las subjetividades de la población juvenil, como efectos y reacciones psicosociales, producto del

influjo de un estado de guerra, es necesario pensar el concepto de salud mental y este en relación con la guerra y, para ello, es conveniente deslindarse de una noción psicologicista del mismo y ligada al modelo médico, en el que “privilegia lo individual, las manifestaciones normales o patológicas propias del individuo regido por leyes internas, considerando sano a aquel sujeto que no muestra alteraciones significativas en su forma de pensar, sentir y actuar en su adaptación al medio” (Restrepo, 2007, p. 2).

A partir de esta crítica, los avances en las comprensiones de lo psicológico y su relación con las condiciones sociohistóricas de los sujetos invitan a ampliar dicha concepción más allá de lo intrapsíquico individual hacia una más contextual histórico-social, en la que “la salud mental constituye una dimensión de las relaciones entre las personas y grupos más que un estado individual” (Martín-Baró, 1984, p. 1), y en la que es importante no solo el trauma individual, es decir, lo psicopatológico, sino todas aquellas manifestaciones comportamentales que se configuran en un contexto social determinado, como en este caso, el estado de guerra.

Así,

la salud mental, no es sólo un asunto que toque con los determinantes de la historia individual sino que involucra las relaciones de los sujetos con los otros, es decir, hay una afectación en la interacción, la cual puede ser del orden positivo o negativo. (Restrepo, 2007, p. 2)

Esto permite pensar que tanto el trastorno como la salud mental no son simplemente diferentes estados orgánicos del individuo, fases excepcionales de su condición vital o comportamientos extraordinarios, sino que también son formas de estar y de configurar el mundo, en las que bien puede ser que, desde un trastorno psíquico hasta una actitud cotidiana, constituyan un modo anormal de reaccionar frente a una situación normal, pero también puede ocurrir que se trate de una reacción normal ante una situación anormal (Martín-Baró, 1984).

Dado lo anterior, es necesario comprender las reacciones psicosociales en un estado de guerra en términos de adaptación, es decir, no desde comportamientos normales y anormales, ya que ambos son consecuencia de la misma situación contextual histórica, que puede ser traumática, pero que, como en el caso del estado de guerra, puede configurar un orden que puede ser comprendido como normal.

Se puede plantear entonces que los efectos y reacciones psicosociales de una población en un estado de guerra se inscriben en un continuo comportamental que implica lo individual y lo colectivo, que trasciende las valoraciones negativas

y dicotómicas de normalidad y anormalidad. Este continuo ha sido interpretado y nombrado desde diferentes lecturas de lo psicosocial (antropología, psicología, medicina, psicoanálisis, sociología) como subjetividades, adaptaciones funcionales y disfuncionales, mecanismos de defensa, naturalizaciones, resiliencias, patologías sociales, trastornos y traumas, entre otras clasificaciones.

Partiendo de este marco, es posible articular las nociones de estado de guerra, salud mental y juventud, ubicando tres diferentes niveles o ámbitos de conflicto que afectan la salud mental de la juventud y en particular de la juventud de Medellín: el ámbito propio de las condiciones socioeconómicas e históricas de cada sujeto y de la colectividad, frente a las cuales el o la joven se encuentran las más de las veces en situación de dependencia; el ámbito del estado de guerra, que se superpone o se articula al anterior en tanto eje de pervivencia histórica que influye en las configuraciones sociales, y el ámbito intrapsíquico. Es en esta perspectiva que se pueden comprender las, a veces, contradictorias actitudes y comportamientos juveniles.

Se proponen, a partir de López (2011), tres nociones explicativas de las actitudes y comportamientos de la juventud, que aparecen como modos de afrontamiento psíquicamente negociados a la realidad que, en un estado de guerra y en relación con su condición vital, la juventud debe enfrentar: los mecanismos de defensa, la construcción de identidades defensivas y los déficits de salud mental.

La primera de ellas es la operativización de mecanismos de defensa psicológicos que entran en escena para regular o contrarrestar la ansiedad generada por frustraciones, producto de la imposibilidad de satisfacer algún impulso o necesidad, tales como la fantasía, consistente en mentir sobre sus actividades o soñar proyectos utópicos sin medir sus implicaciones reales, crear mundos fantasiosos o interpretar de manera fantaseada la realidad. El *aislamiento emocional* y *la negación*, mecanismos en los cuales los jóvenes adoptan comportamientos de pasividad y silencio frente a las circunstancias. La *racionalización*, consistente en la construcción de discursos lógicos, intelectuales, como barrera para las emociones. La *Sublimación*, en la cual las frustraciones generadas por los ámbitos de conflicto son transmutadas en creatividad expresiva: música, baile, literatura, poesía, artes plásticas, que serían formas aceptadas socialmente de expresar insatisfacción y a la vez de proponer soluciones (López, 2011). Finalmente, la *identificación*, que es el mecanismo mediante el cual los jóvenes incorporan el discurso, los ideales y la imagen de una institución, como alguno de los actores armados o un discurso social particular como la religión,

por ejemplo; es un revestimiento simbólico que nuevamente es protector y posibilitador (Coleman, 1978).

La segunda noción es la construcción de identidades defensivas que impliquen una claridad en el rol frente al otro, para garantizar la confianza y disminuir la posibilidad de agresiones de cualquier tipo. De acuerdo con López (2011), ya no es suficiente con ser joven, es necesario adoptar una posición desde el rol y la imagen. “Así, el ser líder, deportista, actor armado, artista, obrero, estudiante, padre - madre, debía ser una práctica clara y visible” (p. 4), e incluso otras formas comportamentales cercanas al misticismo o a los límites de la normalidad, como una manera de mostrarse no aptos para ser vinculados.

La tercera noción propuesta por el autor es la de manifestar ciertos déficits de la salud mental que se visibilizan en acciones o episodios irregulares de agresividad, depresión, irritabilidad o huida del hábitat. La causa de estos episodios puede rastrearse en alguna presión extrema del entorno, ante la cual se reacciona ubicándose temporalmente en el trastorno mental o en comportamientos de riesgo, creando una coraza imaginaria defensiva, a la vez que permite desentenderse del problema y trasladar la responsabilidad de su solución a factores externos (López, 2011).

Todas estas posibilidades comportamentales están al alcance de la población juvenil como estrategias de afrontamiento y se manifiestan a través de las diferentes mediaciones y objetos que ofrece el entorno. Ahora bien, debe comprenderse el accionar de estas nociones como dispositivos no conscientes, que no aparecen nunca de manera pura y con una intensidad y una duración en el tiempo variables, que es lo que posibilita en la población juvenil tanto el cambio constante e inesperado de actitudes y comportamientos, como la estadía permanente y profunda en una sola expresión subjetiva.

Sin embargo, para Martín-Baró (1984), el efecto más destructor de la guerra en la salud mental, y que bien podría darse en la población juvenil, se encuentra en el socavamiento de las relaciones sociales, en el que el deterioro de la convivencia es ya un trauma social, no se puede asumir que la guerra tenga un efecto uniforme en toda la población y por tanto propone tres variables que determinan el grado, los alcances o la contundencia de los efectos y las reacciones psicosociales en un estado de guerra, las cuales son: la clase social, el involucramiento en el conflicto y la temporalidad, entendida esta última como el tiempo de duración de la situación. Estas tres variables actúan en relación con la dinámica del estado de guerra, según Martín-Baró (1984) de manera naturalizada:

El agravamiento de las condiciones materiales de vida, la persistencia de un clima de inseguridad y en muchos casos de terror, el tener que construir la existencia sobre la base de la violencia, las referencias polarizadas o ambiguas, la conciencia de falsedad o el temor a la propia verdad, terminan por quebrar resistencias o por propiciar adaptaciones que, en el mejor de los casos, revelan una anormal normalidad. (p. 5)

Como se ha mencionado antes, un estado de guerra puede generar también reacciones positivas, cuando, por el mecanismo de supervivencia, los individuos desarrollan estrategias de recuperación del entramado social, que garanticen la no repetición del acontecimiento traumático o que les permitan posicionarse en un lugar distinto al de víctima y crear un ambiente de control o evitación de la situación traumática, que es tramitada, muchas veces en el caso de la juventud, a partir del arte, la movilización social, el deporte o la religión, operación que se ha denominado desde algunas disciplinas sociales como resiliencia.

Estas nociones explicativas de las actitudes y comportamientos juveniles en un estado de guerra tienen su correlato en el discurso de la producción de subjetividades, que incluye tanto el plano social a partir de las interacciones con los otros, como el plano intrapsíquico, que comporta la dimensión yoica y la inconsciente, como lugares en los que tienen asidero los discursos identitarios y subjetivos que constituyen al sujeto.

Con esto se quiere decir, en relación a la juventud, que sus modos de ser y estar en el mundo, sus comprensiones de sí mismos, sus narrativas y comportamientos, si bien pueden ser producto de un estado de guerra, entendido como una situación que no garantiza “unas condiciones medianamente favorables para el logro óptimo del potencial humano que trae cada sujeto como promesa” (Restrepo, 2007, p. 1), no son el resultado directo de las tensiones generadas por este, como una suerte de automatismo o alienación. Cabe en el sujeto la posibilidad de elaboraciones discursivas y comportamentales que, aunque no sean de todo su gobierno consciente, le permiten posturas frente al mundo.

Es posible agrupar estas posturas a partir de modos que den cuenta del cómo se están produciendo estas formas de ser y estar juveniles en el contexto contemporáneo y que son su manera de reaccionar frente a un estado de guerra. Los modos de expresión de las subjetividades juveniles se pueden agrupar, según López (2020), en tres formas caracterológicas que son la *adscripción-integración*, la *reclusión-fuga* y la *resistencia-crítica* (p. 17). De esta manera, se podría plantear que los efectos y reacciones psicosociales de la juventud en un estado de guerra se pueden interpretar como acciones adaptativas, estrategias

de afrontamiento que buscan mantener el equilibrio de su salud mental y la protección frente a los eventos traumáticos y que son visibles en prácticas de adscripción-integración, resistencia-crítica o reclusión-evitación.

Conclusiones

Hay que leer el papel de la población joven, tanto hombres como mujeres, no solamente desde el lugar del victimario, en tanto sujeto instrumentalizado al servicio de los centros del poder armado, o en tanto víctima, sino como sujeto que se nutre de los escenarios bélicos para construir su identidad y expresar su subjetividad, pues, para la juventud el espacio de la guerra es más amplio que la lucha armada y más violento que las armas. Sus identidades, sus subjetividades y, en fin, sus vidas, han sido generadas a la sombra del estado de guerra histórico colombiano; en él nacieron, en él viven su juventud y con él y para él se harán hombres y mujeres, mientras no se reconozca su condición de sujeto aportante y se generen los mecanismos necesarios para su expresión y su reconocimiento social.

Resultaría complejo y reduccionista establecer ejemplos de relación directa entre las nociones comprensivas y las actitudes y comportamientos juveniles visibles en sus prácticas cotidianas, pero podemos señalar la existencia de prácticas entre la juventud de Medellín que parecen apuntar tanto a la emulación de las dinámicas de la guerra o la violencia, tales como los grupos neonazis, las barras bravas, los grupos delincuenciales, las actitudes hostiles en el ámbito escolar y social, así como aquellas que apuntan a la sublimación de la violencia o a la generación de mundos más democráticos y pacíficos, como las expresiones artísticas de todo tipo (desde las más contestatarias a las más integradas), las religiosas y las de participación política, ambiental y comunitaria.

Es así como la percepción de la vida como una metáfora de la guerra, la naturalización de comportamientos, símbolos y lenguajes agresivos y violentos, el volcamiento hacia las ofertas de la industria cultural y el mercado y la adopción irreflexiva de los estilos de vida que proponen la concepción de la convivencia con el otro –y el acceso a los servicios y posibilidades sociales– como una competencia, la construcción de una ética individualista y desresponsabilizada, pero también todos los intentos de cambiar el estado de cosas, pueden ser leídos tanto como la consecuencia de los influjos de una contemporaneidad globalizante, como las formas en que la población juvenil, haciendo uso de estos, reacciona frente al miedo, la incertidumbre, la desesperanza, la inequidad, la indignación y el resentimiento que produce una condición social e histórica que no fue pedida.

Referencias

- Barrero, E. (2011). *De los pájaros azules a las águilas negras. Estética de lo atroz. Psicohistoria de la Violencia política en Colombia*. Corporación Cátedra Libre Ignacio Martín-Baró & Asociación Latinoamericana para la Formación y la Enseñanza de la Psicología –ALFEPSI–. https://www.academia.edu/7114131/Barrero_Cuellar_Estetica_Atroz
- Blair, E. (2000). Perspectivas de análisis: hacia una mirada cultural de la violencia. *Desde la Región* (30), 43-53. <https://region.org.co/index.php/publicamos/revista/ediciones-antiores/item/119-edicion-especial-10-anos>
- Camacho, A. (2002). Credo, necesidad y codicia: los alimentos de la guerra. *Análisis Político*, (46), 137–150. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/80263>
- Castellanos Medina, J. & Vásquez González, F. (2020). *Boletín de monitoreo No. 24 del Observatorio de niñez y conflicto armado de la COALICO-ONCA*. Coalición contra la vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado en Colombia –COALICO–. <https://coalico.org/publicaciones/boletin-onca/onca-24/>
- Coalición colombiana contra la tortura. (2009). *Informe alternativo al 4º informe periódico del Estado colombiano al comité contra la tortura*. https://www.cjlibertad.org/files/Informe_alternativo_al_4_informe_peridico_del_Estado_Colombiano_al_Comit_contra_la_Tortura.pdf
- Coleman, J. (1984). *Abnormal Psychology and modern life*. En J. O. Whittaker & S. J. Whittaker, *Psicología*. Interamericana.
- Comisión Colombiana de Juristas –CCJ– & Coalición contra la vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado en Colombia –COALICO–. (2022). Intervención de la CCJ y Coalico en el Consejo de derechos humanos de Naciones Unidas contra la vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado en Colombia. https://www.coljuristas.org/nuestro_quehacer/item.php?id=648
- Comisión de la Verdad. (2022) *Hay futuro si hay verdad: Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. Tomo 4: Hasta la guerra tiene límites: violaciones de los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario y responsabilidades colectiva*. Comisión de la Verdad. <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>
- Giraldo, J. (2000). Peter Waldmann y Fernando Reinares (comp). *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*. Barcelona, Paidós. 1999. *Estudios Políticos*, (16), 175-179. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/25231>
- Kaldor, M. (2001). Las nuevas guerras. violencia organizada en la era global. Tusquets Editores.
- Lombo, J. (2021, 3 de abril). La utilización y el reclutamiento de menores de edad en Medellín no para. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia-20/conflicto/la-utilizacion-y-el-reclutamiento-de-menores-de-edad-en-medellin-no-para-article/>
- López, M. (2011). Actitudes y comportamientos de los y las jóvenes que viven en situación de conflicto armado urbano en la comuna 13 de Medellín. *Poiésis* (22). <https://doi.org/10.21501/16920945.223>
- López, M. (2020). Producción y expresión de la subjetividad en la juventud contemporánea. *Revista de la Facultad de Trabajo Social*, 27(27), 12-21. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/trabajosocial/article/view/2531>
- Martín-Baró, I. (1984) Guerra y salud mental. *Estudios Centroamericanos*, (429-430), https://www.psicosocial.net/historico/index.php?option=com_docman&view=document&layout

- t=default&alias=853-guerra-y-salud-mental-1&category_slug=psicologia-y-violencia-politica&Itemid=100225
- Naranjo G, (2001) El desplazamiento forzado en Colombia: Reinención de la identidad e implicaciones en las culturas locales y nacional. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona 94(1). <https://www.ub.edu/geocrit/sn-94-37.htm>
- Noticias Teledellín. (2022, 31 agosto). Comisionado de Paz visitará Medellín para analizar reclutamiento de menores por bandas. *Teledellín*. <https://teledellin.tv/comisionado-paz-medellin-menores-bandas/562542/>
- Pizarro, E. (2002). Colombia: ¿guerra civil, guerra contra la sociedad, guerra antiterrorista o guerra ambigua? *Análisis Político*, (46), 164-180. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/80269>
- Ramírez, W. (2002). ¿Guerra civil en Colombia? *Análisis Político*, (46), 151-163. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/80268>
- Restrepo, F. (2007) Efectos psicosociales de la guerra. *Revista Poiésis* (14).
- Ruiz, L. & Hernández, M. (2008). *Nos pintaron pajaritos. El conflicto armado y sus implicaciones en la niñez colombiana*. Instituto Popular de Capacitación –IPC–, Fundación Cultura Democrática –Fucude–. <https://docplayer.es/15529869-Nos-pintaron-pajaritos.html>
- Uribe de Hincapié, M. (1999). Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos? *Estudios Políticos*, (15), 23-45. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/16673>